

Orbis Tertius, 2011, XVI (17)

Libros en movimiento Ediciones, traducciones y colecciones de viajeros ingleses a la Argentina

por *Patricio Fontana y Claudia Roman*
(*Universidad de Buenos Aires*)

RESUMEN

La historia de la traducción de los textos escritos por viajeros extranjeros a la Argentina durante el siglo XIX está aún por hacerse. En este trabajo, exploramos las posibilidades de ese proyecto mediante el análisis del trabajo de cuatro traductores: Carlos Aldao, Juan Heller, Carlos Muzzio Sáenz Peña y José Luis Busaniche en la primera mitad del siglo XX. Además, ponemos en relación el trabajo realizado por esos traductores con las colecciones de libros que incorporaron a su catálogo las traducciones que aquéllos habían realizado. Como cierre, se evalúa cuál fue el destino de ellas en dos colecciones de libros más recientes: una, publicada en la década de 1980, y otra, contemporánea, cuyas entregas se iniciaron a fines de la década de 1990.

Palabras clave: travel accounts - literatura argentina - traducción - nacionalismo - políticas de la edición

ABSTRACT

The history of the translation of texts written by foreign travelers to Argentina in the nineteenth century is yet to be done. In this paper, we shall explore the possibilities of such a project through the analysis of the work of four translators —Carlos Aldao, Juan Heller, Carlos Muzzio Sáenz Peña and José Luis Busaniche— in the first half of the twentieth century. Besides, we shall relate their work to the book collections which incorporated their translations into their catalogues. Finally, we shall evaluate the fate of these translations in two more recent book collections: one published in the 1980s, and a contemporary one whose issues began to appear in the late nineties.

Keywords: travel accounts - Argentinian literature - translation - nationalism - editing policies

Los libros de los viajeros ingleses ya son parte de la cultura argentina. Aquello que en Ezequiel Martínez Estrada había sido una provocativa intuición¹ quedó definitivamente ratificado por el ensayo de Adolfo Prieto *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina* (1996), que develó los modos en que un conjunto muy concreto de perspectivas inscriptas en los libros de viajeros ingleses a la Argentina de la primera mitad del siglo XIX funcionaban como cantera de los “clásicos” de la literatura nacional. Allí Prieto demuestra que *Facundo*, *El Matadero*, *Amalia* y un puñado de textos menores o menos conocidos (como la “Memoria descriptiva de Tucumán”, de Juan B. Alberdi) surgieron en gran medida de la asimilación activa por parte de autores locales de un conjunto de tópicos, recursos, matrices y perspectivas ya propios de un género muy consolidado para entonces los —*travel accounts*, cuyo modelo último podía hallarse en el género acuñado por Humboldt—, ya de la excepcional e inopinada agudeza de algunos de sus autores —es el caso de Francis Bond Head—, quien se

¹ La novedad de la operación crítica de Martínez Estrada es que entrama el origen nacional —por definición, singular— de la literatura argentina en un conjunto que trasunta la idea de industria editorial. De hecho, ubica a los clásicos argentinos del siglo XIX en el contexto de un corpus mucho más amplio, seriado, y escrito (y leído) en una lengua extranjera: “Sin una literatura de fondo; sin por lo menos centenares de obras escritas y profusamente leídas, con el mismo propósito de explorar nuestra realidad, el *Santos Vega* de Ascasubi, el *Facundo*, el *Martín Fierro*, *El Matadero*, *Amalia*, muchas obras de Hudson y los informes de los Viajeros Ingleses, sumados a lo que escribimos no pasan de ser cuerpos extraños en el organismo de nuestra literatura” (Martínez Estrada 1948: I, 108).

convertirá en escritor profesional tras su feliz incursión en la escritura con *Rough Notes Taken During Some Rapid Journeys Across the Pampas and Among the Andes* (1826).

El trabajo de Prieto explicita un problema que, en otros momentos de la historia cultural argentina, podría haberse calificado como tabú. Andando el tiempo, sin embargo, los estudios culturales o el interés por las *culturas en viaje* (Said 1983) y, más tarde, las diversas inflexiones y debates en torno a la “literatura mundial” (Moretti 2000, 2003, 2005) o la “república mundial de las letras” (Casanova 1999) han transformado problemas como ese en un asunto al parecer ineludible. Así, con respecto a los viajeros al Río de la Plata, es posible poner a un lado el origen nacional de los autores de esos libros, de las culturas y de los ímpetus —indudablemente coloniales, imperiales— que guiaban sus expediciones y, a veces, sus miradas e incluso de su lengua (extranjera) en favor de una mirada sobre los procesos de traducción, de *traslado*. Bajo estas perspectivas, es fácil acordar que la literatura argentina había sido y era lo que los escritores argentinos, borgeanamente, habían hecho de esa *fatalidad*. Sin embargo, apenas comienza a saberse de qué modo esos libros se difundieron y eventualmente siguieron participando de esa literatura y, más ampliamente, de los debates y tensiones del campo cultural argentino. Una mirada diacrónica sobre los entornos, contextos y procedimientos puede dar algunas pistas, y permite vislumbrar aspectos de la construcción material de la lengua y del imaginario de esa cultura, a través de algunas prácticas que suelen volverse transparentes al ojo de lector: las de las políticas de edición y traducción.

El libro de Prieto recorta como corpus los escritos de un puñado de viajeros que publicaron entre los primeros años de la década de 1820 y finales de la década siguiente: John Miers (1826), Alexander Caldcleugh (1825), Robert Proctor (1825), Peter Schmidtmeier (1824), Basil Hall (1824), Samuel Haigh (1829), Francis Bond Head (1826), Joseph (1827), Edmond Temple (1830), J. A. Beaumont (1828), Charles Brand (1828), “Un inglés” (1825) y W. H. B. Webster (1834).² Estos trece viajeros conformarían una serie (definida no solo porque se trata en todos los casos de viajeros ingleses a la Argentina, sino porque se trata de viajeros que escriben apegados con mayor o menor énfasis a la matriz humboldtiana) que se clausuraría a fines de la década de 1830 con los *travel accounts* de otros tres ingleses: Campbell Scarlett (1838), Robert Fitz Roy (1839) y Charles Darwin (1839). Una de las principales cuestiones que le interesa rastrear es cómo esos viajeros modelaban su mirada y su escritura sobre el territorio argentino en relación intertextual con la por esos años difundidísima traducción inglesa de la recensión realizada por Alexander von Humboldt de su periplo centro y sudamericano: *Personal Narrative of Travels to the Equinoctial Regions of the New Continent* (1818).

Esa casi veintena de textos de viajeros conforma la masa textual sobre la que se desplegarán las complejas redes de escritura y lectura que Prieto mapea en los capítulos de su investigación dedicados a Alberdi, Echeverría, Mármol y Sarmiento, donde acumula argumentos que apuntalan su hipótesis acerca de la decisiva influencia de aquellos viajeros en los textos fundacionales de la literatura argentina al tiempo que expone el crispado desprecio con el que otros intelectuales cercanos a esos cuatro escritores leyeron a esos viajeros y, enseguida, la consecuente censura con la que advirtieron las huellas de esos textos extranjeros en los tanteos literarios que hacían sus contemporáneos.

El principal exponente de esa reacción fue Juan María Gutiérrez, el fundador de la crítica literaria argentina. Prieto cita una muy visitada carta de Gutiérrez a Alberdi referida al *Facundo* donde puede leerse tanto el desdén hacia la mirada de los viajeros sobre la Argentina como la negativa a legitimar las huellas que esos viajeros estaban dejando en los primeros representantes de la literatura vernácula. Esa postura negativa del precursor de la crítica literaria argentina hacia los viajeros ingleses perdurará o hará escuela, con diferentes modulaciones, durante muchas décadas; y retornará además, como se verá más adelante, en las decisiones de edición y traducción de sus escritos. Es decir que ese silencio acerca de, para usar el sintagma de Prieto, *los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina* podrá leerse aun

² Luego del nombre, entre paréntesis, se indica el año de publicación de cada *travel account*.

cuando esos textos de viajeros ingleses comiencen a circular profusamente en traducciones al castellano realizadas y publicadas en la Argentina.

Hacia el Centenario

Desde esa primera apropiación de los libros de viajeros ingleses plasmada en los textos fundacionales de la literatura nacional, pasarían varias décadas para que aquéllos volvieran a circular entre lectores argentinos y pudiera hablarse de un segundo momento de apropiación. Ese segundo momento ya no se asociará con una asimilación intertextual (como ocurre en *Facundo*, *La cautiva* o la menos célebre “Memoria descriptiva de Tucumán”, de Alberdi) sino con la primera empresa de traducción en sentido estricto y con una modalidad más o menos sistemática. Esta modalidad supone un programa de lectura, tanto para los editores y traductores cuanto en su orientación al público: los *travel accounts* ingresan como una serie cuyo traslado y publicación articula deliberadamente como tal. Por lo demás, y como, de algún modo, ya se adelantó, esa apropiación ya no se realizará en sede literaria, sino justamente, vinculada a un proyecto editorial que venía a poner en crisis la alianza entre literatura y nación.

La noción de “traducción” alude muy genéricamente a un conjunto de procesos y de prácticas que suponen el traslado de un texto o un conjunto de textos de la tradición cultural y el contexto en el que fueron producidos a otra. En el momento del Centenario esos procesos y esas prácticas no pueden sino estar entramados con los debates sobre los límites de una posible cultura argentina que —una vez más, y en cierta medida como en 1837— afirma su existencia al mismo tiempo que la fundan. Y aunque el ademán romántico esté ausente o atemperado en esta oportunidad, el debate sobre la “pureza lingüística” o sobre la posibilidad de optar por una lengua dadora de identidad nacional y cultural en sentido estricto, es nuevamente uno de los centros de la discusión intelectual. La pregunta por la lengua de la traducción es, por tanto, definitoria de su puesta en acción; tan definitoria como lo fuera de las tensiones del campo cultural del Centenario, y como lo será algunos años más tarde cuando las primeras vanguardias proclamen (y discutan) su *fe en nuestra fonética*.³

Traducir supone, por definición, la difer(e/a)ncia entre la cultura en la que se produce un texto y aquella en la que ese texto saldrá a la luz y se difundirá. Con la particularidad de que, en el caso específico de los libros de viaje, esa cultura “meta” a la que los relatos traducidos “viajan” y “llegan” es a la vez objeto referido en esos libros. El punto no es menor, porque redundante directamente en el uso de esos textos traducidos (¿en qué lengua?) como “fuente” y argumento para la discusión acerca de las definiciones de lo nacional.

No sorprende, por eso, que las traducciones de *travel accounts* comiencen insistentemente a ocupar un espacio “nacional” en las colecciones de textos que comienzan a organizarse por entonces. A mediados de la década de 1910, Ricardo Rojas había publicado ya ensayos emblemáticos de su programa intelectual; entre otros, *La restauración nacionalista* (1909) y *Blasón de Plata* (1912). En esa misma época diseñó una colección de libros que apuntaba a la difusión de “clásicos argentinos” para un público ampliado; una serie que intentaba apuntalar la relación entre literatura y nación y que, además, proponía una lectura literaria de textos que, en principio, no lo eran (una lectura acorde a los postulados de su *Historia de la literatura* que salió a la luz contemporáneamente [1917-192]). En paralelo y en

³ “*Martín Fierro* tiene fe en nuestra fonética, en nuestra visión, en nuestros modales, en nuestro oído, en nuestra capacidad digestiva y de asimilación”, declara el célebre manifiesto de la revista de vanguardia argentina, publicado en su cuarto número (15 de mayo de 1924). Oliverio Girondo, verosímil autor de este texto, vuelve a frasear el mismo concepto, en términos muy similares, en la “Carta abierta a la Púa” que incluye como prólogo de la edición local de sus *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía* (1925 [1922]): “Porque es imprescindible tener fe, como tú tienes, en nuestra fonética, desde que fuimos nosotros, los americanos, quienes hemos oxigenado el castellano”. El problema de la fonética *propia* ha sido pensado como inflexión del criollismo de vanguardia, no sólo como un énfasis hacia la literatura española o extranjera en general, sino además como modo de dirimir espacios simbólicos entre escritores de “linaje” criollo frente a los hijos de inmigrantes, cuya lengua lleva inscripta esa marca (Sarlo 1983).

contrapunto con la iniciativa de Rojas, José Ingenieros lleva adelante por esos mismos años también un proyecto de colección “barata” de obras nacionales, que empezó publicarse algo antes bajo el elocuente título de “La Cultura Argentina”.⁴ En contraste con la de Rojas, Ingenieros insistió en construir una colección de *libros de la patria* que recusara la relación entre nación y literatura, y priorizara títulos representativos de nuevos saberes (y, en especial, de la sociología).⁵ En cambio, los prólogos que acompañaban cada volumen proponían novedosos protocolos de lectura para obras o autores ya consagrados en otra sede. Ingenieros imagina así su colección como una serie de obras que implican, de una u otra manera, una aproximación a la vez “empírica” y “objetiva” a la realidad. En virtud de ese designio editorial, Ingenieros ensalza textos hasta ese momentos relegados (como *Conflicto y armonías de las razas en América*, que, por su valor sociológico, prefiere antes que *Facundo* o *Recuerdos de provincia*), o difunde otros casi desconocidos. Entre esos textos casi desconocidos a comienzos de siglo (o sólo accesibles a bibliófilos o eruditos), Ingenieros decide incorporar a su colección ocho relatos de viajeros a la Argentina (siete ingleses y un norteamericano): los de Joseph Andrews, Samuel Haigh, Basil Hall, los hermanos John Parish y William Robertson, Robert Proctor, Francis Bond Head, Alexander Gillespie y John A. King. Salvo el último, todos fueron traducidos por Carlos A. Aldao, un abogado y funcionario estatal santafesino que tendría un papel central en la reubicación del corpus de los *travel accounts* justamente por el modo en que concibió la práctica de la traducción.⁶

Cinco de esas traducciones, por lo demás, ya habían sido publicadas muy poco antes en la colección “Biblioteca de *La Nación*”, una serie que el diario porteño había lanzado al mercado desde los inicios del siglo XX y en la que los *travel accounts* se incluían entre un conjunto en el que predominaban las novelas, cuentos y las obras de teatro, de autores no nacionales.⁷ Vale decir, entonces, que se los incluía en términos de literatura, o al menos, que se *contaminaban* de literatura (una operación apoyada desde los paratextos publicados en el diario que promocionaban la colección). De todos modos, esa *contaminación literaria* no aludía, en ninguna instancia, a la importancia que esos libros extranjeros habían tenido en la emergencia de la literatura argentina sino, en todo caso, a la posibilidad de hallar en ellos un entretenimiento o un placer similar al que ofrecían las novelas. Pero si en los paratextos que publicitaban los volúmenes el diario *La Nación* parecía estimular una lectura en clave literaria de los *travel accounts*, los prólogos de Aldao hacían énfasis en algo muy diferente: en el interés documental e histórico de los libros de los viajeros. Y es precisamente ese protocolo no literario de lectura de los viajeros el que acicateará aun más su incorporación de sus traducciones en la colección de Ingenieros, que se desentendía de la constitución de un canon literario para, como se dijo, abogar por la consolidación de un canon alternativo, que brindara información e interpretaciones “científicas” sobre la Argentina, su historia y su sociedad.

Carlos A. Aldao (1860-1932), el primer traductor sistemático de los libros de los viajeros ingleses a la Argentina, no fue lo que, con algún anacronismo, podríamos llamar un “traductor profesional”. Hijo de una familia tradicional de Santa Fe y abogado, Aldao desarrolló una importante trayectoria en la administración pública (especialmente en el ámbito de la diplomacia) a la que complementó con una también profusa actividad intelectual que se

⁴ Para caracterizar los aspectos generales de esta colección seguimos los estudios de Merbilh  a (2006) y Degiovanni (2007).

⁵ Tras una primera etapa “anarquizante”, los trabajos de José Ingenieros proyectan las matrices darwinistas y positivistas en términos económicos y de clase: “al ingresar al mundo humano el determinismo biológico [este] se transforma en economicismo” (Terán 1986: 32).

⁶ El de John King fue traducido por Juan Heller. Nos referimos a este traductor y prologuista más adelante, en este mismo apartado.

⁷ Se trata de los relatos de los hermanos Robertson, Haigh, Hall, Head y Proctor. En lo que hace al tema que nos interesa, cabría subrayar que el equívoco del título (“La Biblioteca de *La Nación*”) no hace sino prolongar la superposición que est   en la fundación del diario, que solapa su título con el del valor que encarna. Y así, los libros de los viajeros ingleses serían *libros de La Nación*.

desplegó, entre otras actividades, en una constante participación con traducciones y artículos propios en la *Revista de Derecho, Historia y Letras* (1898-1923) dirigida por su comprovinciano Estanislao Zeballos. A estas traducciones de textos doctrinarios o filosóficos, Aldao agregó la traducción y edición de relatos de viajeros ingleses a la Argentina, una actividad del tiempo perdido que continuaba sin sobresaltos su vasta experiencia como viajero —en su doble faceta diplomática y ociosa—. Esas traducciones se proyectan y despliegan además en la escritura de los prólogos con que Aldao encabezó cada uno de esos volúmenes. Parafraseando la nomenclatura de David Viñas, para el caso de Aldao podría hablarse de un *gentleman*-traductor; una figura que encuentra un espacio de representación en los paratextos que encabezan cada una de sus traducciones. Esos prólogos son, antes que paratextos que instruyen a los lectores sobre los viajeros, espacios en los que Aldao figura e imagina su labor como traductor, ya que en ellos explicita el marco cultural y las decisiones lingüísticas, epistemológicas y culturales a partir de las cuales encaraba la práctica de la traducción.

Esas decisiones redundan en ediciones muy intervenidas en las que el traductor *acerca* a los viajeros a los lectores argentinos a través de una nacionalización y aun un acriollamiento de los libros de los viajeros. Frente al dilema entre “aclimatar” o “extrañar” el texto traducido,⁸ Aldao opta sistemáticamente por la primera. Y esto no solo porque opta por una lengua meta rebotante de argentinismos y de precisiones sobre lo local inaccesibles para el viajero extranjero, sino porque además edita y retitula los libros de acuerdo con una suerte de *derecho de propiedad argentino* sobre ellos. Así, por ejemplo, el primer volumen que traduce para la “Biblioteca de *La Nación*” es *Letters on Paraguay comprising an account of a Four Years’ Residence in that Republic, under the Government of the Dictator Francia* de John Parish y William Parish Robertson (publicado originalmente en Londres, 1838-1839). En el prólogo, Aldao destaca: “me he permitido enmendar su título original y, en consecuencia, advierto que éste es literalmente el que aparece en el subtítulo” (1916: 4). El título se transforma entonces en: *La Argentina en los primeros años de la Revolución*, con el subtítulo: (*Letters on Paraguay*) (1916). O, entre otros ejemplos significativos de esta nacionalización de los títulos, transforma *Rough Notes Taken During Some Rapids Journeys Across the Pampas and Among the Andes*, de Francis Bond Head, en *Las Pampas y los Andes*, con el subtítulo: “Notas de viaje”.

Pero así como el traductor interviene fuertemente sobre los textos, exhibe, al mismo tiempo, una confianza absoluta en la verdad “inobjetable” sobre la Argentina (y, especialmente, sobre la Historia argentina) que ve en ellos. Para Aldao, los libros de viajeros que traduce son, antes que nada, testimonio fidedigno del pasado argentino. Y no sólo eso: ellos cifran antes que un diagnóstico, un pronóstico, el anuncio de un porvenir venturoso para la república. Por eso declara, por ejemplo, que “[la lectura de los viajeros] disipa en la mente toda idea sombría sobre el porvenir nacional, revela la evolución progresiva de nuestra vida, explica la lentitud aparente de nuestro adelanto y afirma la fe en la democracia argentina” (Head 1920: 16). E incluso se permite concluir con gesto admonitorio que “solamente un enfermo puede creer que aleteen sobre nuestro destino sombras de desesperanza” (Gillespie 1921: 20). En última instancia, este gesto permite releer las decisiones léxicas (la selección sistemática de la variante léxica más acriollada) y de organización textual y paratextual (en el recorte y cambio en los títulos) en términos glotopolíticos, correlativos a una módica disputa geopolítica, en que los libros de los viajeros resultan para Aldao el lugar oportuno para expresar su oposición (compartida por el nacionalismo de Ingenieros) a cualquier reivindicación de lo hispánico. Por eso Aldao cierra el prólogo a la primera de sus traducciones con la siguiente y encendida exhortación antihispanizante:

[...] para celebrar el centenario de la declaración de nuestra independencia, y olvidando que la Constitución asigna al gobierno federal el cuidado de las

⁸ Nos referimos aquí al dilema planteado a principios del siglo XIX por Frederick Schleiermacher (2000), en un texto ya clásico para los estudios sobre traducción.

relaciones exteriores, se ha intentado rendir homenajes populares a España. Homenaje ¿por qué? ¿Por haberla vencido? No sería serio ni noble. Menos se concibe que sea un reconocimiento de trescientos años de opresión, atraso y obscurantismo, o de que hayamos venido a la vida nacional de un siglo atrás en civilización. Que sean bienvenidos los españoles, como todos los hombres del mundo que quieran vivir al amparo de nuestras leyes; pero España jamás. (Robertson 1916).

Del pasado observado privilegiadamente por los británicos al luminoso presente americano y criollo, traducidos por Aldao los relatos de viajeros decimonónicos se nacionalizan también en esa operación de apertura cosmopolita en lo social, y de destierro de las marcas políticas, lingüísticas y culturales de una España figurada como con pretensiones de potencia — al menos, en lo lingüístico y cultural— imperial.⁹

Por lo demás, los *travel accounts* resultaron un género particularmente dúctil, desde que no sólo sirvieron a los intereses de las colecciones de divulgación, literaria o histórica, como la “Biblioteca *La Nación*” o “La Cultura Argentina” sino que también en el ámbito mucho más circunscripto de la actividad académica —y, concretamente, de la modernización disciplinar y epistemológica que está comenzando a tener lugar en el ámbito de la historiografía hacia principios de la década de 1920— los textos de viajeros se presentan como un objeto de interés.

El mejor ejemplo es la traducción de tres relatos de viajeros ingleses al Plata que Carlos Muzzio Sáenz Peña (1885-1954) realizó para el primer tomo de una *Colección de Viajeros y Memorias geográficas* editada por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en 1923. Aunque Muzzio Sáenz Peña tampoco tuvo una formación exclusiva como traductor, su perfil profesional era bastante diferente del de Aldao. Periodista y escritor, se convirtió en importador cultural de la poesía del lejano oriente a partir de las primeras traducciones completas de las *Rubaiyat* y de *El jardinero*, de Tagore, desde mediados de la década de 1910. Pero esta curiosidad y este interés literarios no implican que Sáenz Peña y sus intervenciones tuvieran o buscaran un contexto estrictamente académico.¹⁰ El volumen de la *Colección de Viajeros* es bilingüe, y está encabezado por una advertencia de Emilio Ravignani, entonces director del Instituto de Investigaciones Históricas de esa Facultad. Se trata de un volumen dirigido a lectores especializados y no a un público ampliado, y se ubica, evidentemente, entre las iniciativas vinculadas a la publicación de fuentes y constitución de archivos impulsada por el Estado nacional como parte activa en la profesionalización de los historiadores y la historiografía (Cattaruzza 2001). El tomo reúne los relatos de John Pullen, y Lewis Paine (ambos de 1732) y Emeric Essex Vidal (1820). En la “Advertencia”, Ravignani declara que ese primer tomo era parte importante del “Plan de investigaciones y publicaciones” diseñado, desde ocho años antes, para esta institución. El prefacista llama la atención sobre este punto, indicando que la publicación reúne obras heterogéneas con el objeto de que “llene las necesidades de los estudiosos” (Ravignani 1923: XI). En cuanto a la mencionada heterogeneidad, los relatos de Pullen y Paine son textos de viajes marítimos, escritos durante las primeras décadas del siglo XVIII; forman, por tanto, parte de una serie diferente de la de los viajes traducidos por Aldao. Tanto por su lenguaje como por el tipo de peripecia que presentan,

⁹ Desarrollamos con mayor detalle un análisis de la tarea traductora de Aldao en Fontana y Roman (en prensa).

¹⁰ Borges había publicado una primera versión de las *Rubaiyat* en Madrid, en 1907; la de Muzzio Sáenz Peña se publicó en Buenos Aires, en la revista *Nosotros*, en 1914 (Gasquet 2008: 6). Las de *El Jardinero* se publicaron en Buenos Aires en 1924, y en Santiago de Chile en 1933. Habría que advertir, no obstante, que el traductor encontró, pocos años más tarde, un ámbito muy diferente para desplegar esos intereses. Muzzio Sáenz Peña fundó, en 1928, el diario *El Mundo*, que revolucionaría la prensa periódica porteña desde un formato popular y masivo. Y algunos años más tarde, en el desempeño de esa función, se convertiría en un verdadero “personaje”: aquel mencionado con frecuencia por Roberto Arlt como el “querido Director” que, con no poco paternalismo, corrigió más de una de sus *aguafuertes porteñas*.

podría hipotetizarse que resultan de menor interés, o que incluso su prolijidad resultaría trabajosa si se piensa en los lectores más heterogéneos en sus competencias y más azarosos en sus intereses que supone aquel público ampliado. Las *Picturesque Illustrations of Buenos Ayres and Montevideo* de Essex Vidal, en cambio, sí podrían formar parte de la serie de viajeros al interior del territorio traducidos por las colecciones de divulgación, en sus diversas variantes. La edición inglesa original incluye además numerosas láminas a color y este hecho podría resultar un atractivo adicional. Pero su edición en el marco de la *Colección...* censura u oblitera esa seducción, al reproducir las láminas en un tamaño bastante pequeño y sin colores. A esto se suma la elección de un cuerpo de letra pequeño, y la decisión de presentar el texto bilingüe repartido dentro del espacio de una misma página. Todos estos elementos, indudablemente, organizan un diseño que, lejos de “aclimatar” el texto, dificulta su lectura.

A medio camino entre la divulgación que acerca y aclimata, y la elección académica que busca preservar la fuente para su disección como objeto de estudio profesional se encuentra la labor de un tercer traductor. Se trata de Juan Heller (1883-1950), quien realizó la única traducción de un viajero inglés de la colección de Ingenieros que no había vertido Carlos A. Aldao. Como él, Heller proviene de una familia de una élite provincial —en su caso, tucumana— y su biografía intelectual tiene una impronta fuertemente decimonónica. Su tarea como traductor, en este sentido, no es sino un afluente menor del más típico perfil de abogado con vocación por la educación pública (perteneció al grupo vinculado a la fundación de la Universidad Nacional de Tucumán, de la que fue vicerrector más tarde), que mantiene un curso ascendente en su carrera en los más altos fueros provinciales (fue presidente de la Suprema Corte tucumana por más de dos décadas). Afiliado radical sobre el comienzo del siglo XX, al igual que Aldao viajó a Buenos Aires y mantuvo una alternancia laboral y como funcionario entre la capital nacional y su provincia natal. El ejercicio del periodismo con colaboraciones sobre temas jurídicos, poéticos y musicales enmarca ese mismo perfil intelectual, en el que la traducción es pública en un sentido fuerte: funciona, al igual que sucede en la obra de Aldao, legitimada y avalada por el prestigio del jurista, al tiempo que cumple una función entre ornamental y de ampliación erudita de la figura del abogado y educador.

Heller es pionero en la valoración de los *travel accounts* como fuentes de la historia nacional y regional. Muy tempranamente, en 1915, prologa un volumen editado por la Universidad Nacional de Tucumán donde se traducen por primera vez cinco capítulos del *Viaje* de Joseph Andrews. La versión, a cargo de J. A. Sabaté, recupera los apartados del libro que se ocupan de la región; el prólogo firmado por Heller se encarga de señalar que se trata de aquellos a los que alude Juan Bautista Alberdi en su “Memoria descriptiva de Tucumán”, y este señalamiento se encuadra doblemente. En primer lugar, a través de un epígrafe que, en su economía, anuncia el placer de la narración tensionada entre la ficción y el relato *verdadero*: “No sé historias, dijo Don Quijote”. En segundo, con el anuncio, en el primer párrafo, de que la obra que va a leerse cumplirá con un objetivo científico ancilar para la máxima institución académica de la región: “Las investigaciones históricas nacionales y en especial del norte argentino, fueron uno de los propósitos fundadores de la Universidad de Tucumán, y la edición de este libro es la segunda ratificación de aquel designio” (en Andrews 1915: 5).

Con una motivación institucional similar a la de la colección en la que se incluirá la traducción de Muzzio Sáenz Peña, pero con propósitos análogos a los que dominan los prólogos de Aldao y sus traducciones, el prólogo de Heller busca mostrar lo que va de ayer a hoy: las cosas “antiguas y sinceras” que van a leerse en el relato de Andrews no son sino la prueba irrefutable de la modernización de la sociedad provinciana; modernización de la que, recíprocamente, la edición de este libro en sede universitaria es testimonio suficiente.

Pero a diferencia de Aldao, Heller —al igual que el traductor del texto que presenta— renuncia a la primera persona y se preocupa por proporcionar al lector los pormenores que

contextualizan el fragmento que va a leer.¹¹ Al mismo tiempo, apunta un nuevo tipo de lectura para estos textos, ya que no se priva de argumentar sobre el valor del relato de Andrews basándose en rasgos de escritura: su capacidad para pintar “caracteres” o las detalladas descripciones panorámicas que explica por la lentitud de la velocidad a la que avanzaba el viajero. La breve presentación de Heller, en suma, si bien coincide con Aldao en la importancia de exhumar documentos que los historiadores locales desconocen, y atiende al mismo tiempo a sus rasgos literarios, se detiene con mucha cautela respecto de la “verdad” que podría encontrarse en sus páginas.¹² Lo mismo ocurre cuando Heller traduce el *travel account* de John King para “La Cultura Argentina”. Allí, en el breve prólogo que escribe para presentar el libro, señala: “fácil será para el lector menos avisado, reducir a su valor verdadero, corregir o rectificar aquellos conceptos del autor en los que idiosincrasias de carácter étnico o religioso han influido para intensificar o rebajar el colorido de las escenas que describe” (en King 1921: 9).

En los tres casos reseñados hasta aquí, las trayectorias de estos traductores no profesionales —la traducción no es para ellos ni un modo de vida, ni una legitimación predominante de su función pública— deben pensarse, además, en el marco de una cuestión que está a punto de virar definitivamente: la de los vínculos entre nacionalismo y cosmopolitismo, y sus inscripciones en la lengua. En ese espacio potencial que se pregunta ya por la lengua a la que incorporar las representaciones, puntos de vista y palabras con que se mira “desde afuera” la lengua, la literatura y la cultura propias, esas traducciones no dejan de ser un espacio de ejercicio sobre la lengua propia y de la invención de una lengua literaria que abre un campo de posibilidades y un espacio precursor a las intervenciones de las vanguardias.

José Luis Busaniche y “El Pasado Argentino”

Si las cuestiones de la lengua y de la cultura nacional que suponen las traducciones de los *travel accounts* entran directa o tangencialmente en sintonía con una serie de debates que están orientando y dando forma a la literatura argentina contemporánea, esos problemas resuenan también en la discusión historiográfica. Hacia la cuarta década del siglo, José Luis Busaniche, un historiador que no se deja encasillar ni en los postulados de la Nueva Escuela Histórica ni en las intervenciones revisionistas, hará de las traducciones de viajeros un laboratorio de ensayo para sus ideas sobre el relato de la historia nacional.

Santafesino, abogado y viajero como Aldao, Busaniche prácticamente inicia su tarea historiográfica discutiendo con su comprovinciano. A mediados de la década de 1920, sus primeros artículos en el diario *Nueva Época* de Santa Fe así como en la revista *Verbum* del centro de estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras discuten las perspectivas de Aldao

¹¹ Por eso selecciona y transcribe diversos párrafos de las actas de sesión de la legislatura provincial donde se discute el motivo del viaje de Andrews (la concesión de un negocio minero), así como también un debate central que acompaña a aquel motivo económico: la apertura de la legislación sobre libertad de cultos, eje del proyecto rivadaviano y condición de posibilidad para alentar la llegada de capitales y migrantes sajones.

¹² Además de la atención a rasgos literarios (estilísticos y constructivos) por parte de Heller, hay otro elemento interesante a tener en cuenta: la edición es monolingüe, salvo por los fragmentos de poesías, que Sabaté vierte en castellano y conserva, al pie, en inglés. Estas son las únicas notas al pie de la traducción. Se trata de tres fragmentos, todos ellos pertenecientes a poetas ingleses: Thomas Campbell (llamativamente, Andrews se inspira en Tucumán para citar su poema ¡“Alaska”!), Milton (la célebre cita del *Lost Eden*) y Robert Burns (la cita del escritor escocés es de su poema más famoso, “To a mouse”). Preservar las poesías originales al pie exhibe un intento del traductor por conservar la diferencia lingüística y de imaginarios culturales de la que la poesía es muestra irreductible; diferencia que, en el resto del texto, aparece neutralizada. A diferencia de las de Aldao, la versión de Sabaté, así como también la que Heller realiza del libro de King, intenta mantenerse en un registro distante de los localismos y que, al mismo tiempo, no se entrega a otro tipo de estrategias informativas paratextuales (como podrían serlo las notas al pie aclaratorias de hechos y personajes históricos, o que complementen una interpretación).

sobre los caudillismos provinciales. En 1927, su primer libro, *Estanislao López y el Federalismo del Litoral*, busca el mismo objetivo de manera más plena ya que se ocupa, en buena medida, de refutar o al menos discutir los planteos de Aldao en *Los caudillos argentinos* (1925) (Chávez 1964: 38). El episodio evidencia la cuestión de la disputa entre historiadores regionales que buscan legitimarse y proyectarse en un campo profesional nacional, atendiendo a problemas que encuentran su clave en la región. Más allá de este movimiento, interesa aquí el hecho de que la discusión entre Busaniche y Aldao se continúa por otros medios, y emerge en las traducciones que elige encarar el primero y, sobre todo, en el modo en que se coloca como traductor para interpelar a los textos.

Busaniche comenzó su labor como traductor en la década de 1930, y se dedicó casi exclusivamente a los *travel accounts*, ampliando la lista de los viajeros ingleses publicados en décadas anteriores a otros que habían escrito sus narrativas tanto en inglés como en francés. La lista de sus trabajos incluye la rectificación de la que Aldao había realizado de los libros de los hermanos Robertson veinte años atrás. La versión de Busaniche —publicada por primera vez en 1950— es meticulosa en la discusión lexical, y las notas a pie de página son terreno y estrategia privilegiados para el combate. Así anota, por ejemplo: “Aldao traduce ‘princely gaucho’ por ‘príncipe de los gauchos’, y también ‘príncipe gaucho’. En realidad no es eso. ‘Princely gaucho’ equivale a gaucho principesco, es decir fastuoso, rico” (1950: I, 14).

La voz traductora que interviene desde la nota al pie supone una disposición alerta, vigilante. El cambio de foco con respecto a Aldao es evidente: interesa no sólo recuperar episodios que iluminan el pasado argentino sino, también, recuperar en la traducción las palabras precisas con las que la mirada del viajero percibió ese universo (el movimiento es, entonces, inverso al de Aldao, quien buscaba atenuar la extrañeza de esa percepción viajera, para acercar al lector una versión domesticada, acriollada). El traductor no recurre ya a la mediación autobiográfica, como en Aldao, sino que se convierte en representante de una función de policía lingüística y cultural. En Aldao, los libros de los viajeros eran, por lo menos en sus declaraciones más enfáticas, *la* historia argentina. Los *travel accounts* que Busaniche decide traducir son, en cambio, siempre un complemento o un aditivo curioso y agradable (un añadido pintoresco, una dosis de “color local”) a un relato histórico ya consolidado. Y desde que varía notoriamente la relación que se establece entre la escritura de la historia nacional y los textos de los viajeros a la Argentina, el traductor-historiador está en condiciones de debatir con ellos, de señalar sus errores y de editarlos sin más reparos que el de indicar estas intervenciones.

Así, en el “Prólogo del traductor” que antecede al texto de Mac Cann, Busaniche, como años antes lo habían hecho Heller y Aldao, no duda en exhibir su tarea de recorte del texto original en virtud del público al que estaba dirigido: “Los capítulos de la parte descriptiva y por así decir, pintoresca y plástica de la obra, son los que hemos traducido para esta primera versión castellana del libro de Mac Cann, reducida a lo que constituye por definición la materia de un libro de viajes” (1939: XVI). Lo mismo, en su “Nota preliminar” a la traducción de Marmier:

Este libro se ha formado con materiales de una obra más extensa, en tres volúmenes, publicada en Bruselas en 1851, y que lleva por título *Lettres sur l'Amérique*. Fue su autor el escritor francés Xavier Marmier, que vivió de 1809 a 1892. El título demasiado genérico de la obra ha contribuido, quizás, a que la parte consagrada al Río de la Plata, pasara casi inadvertida hasta hoy para los aficionados a esta especie de relatos, con estar ellos escritos en idioma muy accesible al público culto y avalorados por la firma de un académico francés [...]. (1948: 5).

Pero si en este aspecto la tarea de Busaniche no parece desgajarse de los criterios seguidos por Aldao dos décadas antes, sino más bien prolongarla, en otros es absolutamente discrepante. En los prólogos de Aldao no se advierte en ningún momento la voluntad de poner al lector en alerta ante posibles errores, exageraciones o distorsiones en la mirada de los viajeros sobre la Argentina; por el contrario, Aldao insiste una y otra vez no solo en la fidelidad de ese registro sino en la postulación de los libros de los viajeros como la mejor, o más confiable,

historia argentina.¹³ Contrariamente —y con una prudencia similar a la de Heller—, Busaniche presenta estos libros como un complemento de la historia nacional y, pese a su valoración positiva, no deja de poner en guardia a los lectores ante aquellos aspectos que deberán leer en perspectiva, con cautela o distancia crítica. “Quizás ensombrezca un tanto su visión y su juicio el estrecho puritanismo de su formación protestante, aunque esa misma saturación bíblica de su espíritu, unida a la influencia de los autores románticos, entonces en boga, presta, a muchas de sus páginas, indiscutible originalidad”, escribe sobre el relato de Mac Cann (1939: XVIII). En cuanto a Marmier, las prevenciones son aun más enfáticas, acaso porque se trata de una cuestión que en su tarea como historiador lo había ocupado largamente:

Para concluir, quiero dejar constancia de que en esta traducción castellana se han omitido no pocas páginas del texto francés, consistentes casi todas ellas en referencias históricas y geográficas, muchas erróneas, o que hoy son nociones corrientes de escuela elemental. En otros casos se trata de versiones truculentas, notoriamente calumniosas para el Dictador argentino, que corrían entre los sitiados de Montevideo y fueron recogidas por Marmier para dar sazón y condimento a sus cartas. No creo que ningún lector, así sea el más exigente, quiera reclamármela. (1948: 12).

Para Busaniche editar y traducir es, en la misma medida, difundir y corregir. Si en Aldao la palabra del traductor se acoplaba o fundía con la de los autores traducidos y los legitimaba como voz autorizada sobre el pasado y el futuro de la nación, en Busaniche la perspectiva extranjera sólo puede desplegarse ante el público local en tanto contenida o vigilada por el traductor-historiador. Se trata de un mesurado pero constante estado de alerta ante el texto traducido.

Si bien la tarea traductora de Busaniche se había desarrollado desde la década de 1930, su verdadero comienzo (en el sentido que Edward Said (1975) le otorga a ese concepto; es decir, un centro que no es necesariamente el inicio cronológico de la obra sino el momento que el autor construye como principio de organización de su sentido) debe buscarse en una colección que se iniciará en la década de 1950: “El Pasado Argentino”. Fue allí donde su tarea como traductor halló un marco que la contenía y la convertía en un proyecto editorial; marco que otorgaba además una dimensión más amplia a las intervenciones previas, dispersas e individuales.¹⁴

Dirigida por Gregorio Weinberg, la colección “El Pasado Argentino” comenzó a publicarse en el año 1954, bajo el sello editorial Hachette. Una nota aparecida en *La Nación* en 2006 con motivo del fallecimiento de Weinberg recupera un texto suyo donde describe los objetivos y la tradición en que se afiliaba:

¹³ Por ejemplo, en el prólogo a su traducción de Basil Hall, asegura Aldao: “Los historiadores patrios han escudriñado y documentado hasta el detalle los acontecimientos que afirmaron la independencia: pero, al abarcar el conjunto del tema, *nada han agregado* a la concepción de Hall; antes bien a él han acudido para alejarse del terreno de las pasiones locales” (1917: 11, el subrayado es nuestro). Sobre esto, cfr. Fontana y Roman (en prensa).

¹⁴ En 1932 Busaniche inicia sus publicaciones como traductor con *El imperio de los Incas y la conquista española*, de Louis Boudin, que —con un perfil análogo a las iniciativas de Heller— edita en sede académica, a través de la Universidad Nacional del Litoral. A partir de entonces se suceden una serie de trabajos de traducción entre los cuales los *travel accounts* son el objeto privilegiado. Así, Busaniche publica en publicaciones académicas o en iniciativas editoriales en las que él mismo tiene una fuerte presencia (como la editorial Solar) versiones de los viajes de Lina Beck-Bernard (1935), Arsène Isabelle (1941), Thomas J. Page (1941), Xavier Marmier y Martín de Moussy (1948), entre otros. En “El Pasado Argentino”, la actitud y protocolos de traducción que Busaniche venía ensayando se fusionan con el concepto editorial, y entran así en una sintonía que alcanza también a trabajos de otros traductores.

[...] En un viejo folleto de presentación de la colección “El Pasado Argentino” decía Weinberg a modo de declaración de principios: “Esta biblioteca fue concebida con un propósito tan simple como elevado: brindar —a través de obras de géneros diversos, épocas distintas, y autores muchas veces de ideas encontradas— un panorama completo de todas las dimensiones del pasado, subrayando la importancia de ciertos temas o la vigencia de determinados nombres, más rescatando a otros del olvido, para dar así una enriquecida imagen de la patria vieja y la Argentina nueva [...] Aspiramos a que los libros de tapas azules y blancas que por decenas de miles están incorporados a los hogares de pobladores urbanos y rurales, y por centenares alegran los anaqueles de bibliotecas y librerías sea sustancialmente un elemento para formar e informar las pasadas y las nuevas generaciones en el entrañable conocimiento de la Argentina.” En el mismo camino trazado por Ingenieros y Rojas y continuado por Palcos y Noé, don Gregorio Weinberg dejó un surco imborrable que le agradecen y le agradecerán sus paisanos por generaciones. (Casares 2006).

La colección de Weinberg, sin embargo, propone una diferencia fundamental: en ella la cultura argentina, entendida como acumulación simbólica, es el centro excluyente de una biblioteca que convoca a escritores argentinos o extranjeros. Antes que cosmopolita —como sugiere la cita de Sorá— su diseño es netamente nacionalista en lo que hace a su objeto. La novedad, no menor, es que el centro de esa propuesta conjuga autores argentinos “clásicos” (representados sin embargo por textos no demasiado emblemáticos) con una literatura argentina “popular” (allí están las novelas-folleto de Gutiérrez, pero también los estudios sobre el sainete y las “cosas de negros”), a los que agrega estudios y ensayos de intelectuales argentinos y extranjeros, especialmente redactados para la colección. Los relatos de viajeros ingleses y franceses fueron un núcleo pequeño pero privilegiado por la colección, particularmente propicio a su objetivo de difusión cultural: “[...] universalizar autores que pensaron la Argentina (y/o América), y [...] argentinizar (y/o americanizar) pensadores universales a través de su traducción y su integración con los primeros” (Sorá 2010: 1). En su formulación más general, esta “intención central” podría confundirse o solaparse con un ademán cosmopolita-modernizador. De este modo, el listado de autores publicados por “El Pasado Argentino” permitiría hablar no de la continuación del “camino trazado por Ingenieros y Rojas”, como propone Casares,¹⁵ sino, antes bien, de la fusión de los criterios disímiles que habían guiado las colecciones de aquellos.

El pasado argentino se presenta entonces como un objeto complejo, producido por acumulación de lo alto y lo bajo, por textos literarios y también por otros discursos (relatos de viaje, historiografía, estudios económicos, sociológicos, sociolectales...) y hasta por un conjunto de formaciones y de prácticas (ejemplo de esto es el volumen *El salón literario*, de Félix Weinberg). La traducción, en este punto, no es sino una práctica privilegiada para poner en escena algunos aspectos de esa identidad cultural que se quiere mostrar compleja.

Conviene sopesar, a esta altura, el contexto específico en que puede concretarse esta propuesta traductora. Según relata Weinberg, la colección era un proyecto personal, que logró el apoyo de capitales franceses mediante un argumento de corte nacionalista, pero que, por lo demás, toma la forma de una amenaza velada:

Al tiempo yo les hice la propuesta de la colección “El Pasado Argentino”. Una idea que no aceptaron con mucho entusiasmo. Pero los convencí utilizando un argumento un poco ilegítimo. Les dije: “Miren, estamos viviendo la época de Perón, un nacionalismo excesivo. Y además fíjense ustedes que hay cierta actitud

¹⁵ La investigación de Degiovanni (2007) es contundente respecto a las diferencias entre los caminos de Rojas e Ingenieros, logrando probar que son casi antitéticos.

xenófoba. Hay problemas de divisas y algún día les van a decir: ¿cómo es? ¿Ustedes no hacen nada por la cultura argentina?, siguen trayendo más libros franceses, revistas francesas”. ¡Eran cajones y cajones! Bueno, ese argumento fue el que me permitió iniciar la colección “El pasado argentino” en el año 54, antes de la caída de Perón. (Sorá 2010: 16).

Así, este uso *ad hoc* y convenientemente preventivo del argumento “nacionalista” que Weinberg confiesa haber esgrimido, por lo demás, se evidencia en la inclusión de un corpus tan poco evidentemente “nacionalista” como el de los libros de viajeros.¹⁶ El lugar “estructural” de esa voluntad integradora se verifica además en el trabajo de editores, traductores y prologuistas, y orienta evidentemente sus intervenciones. Prologuistas y traductores asumen la tarea de ser enlace entre los dos mundos en contacto, y se vuelven visibles en las presentaciones y, en ocasiones, muy particularmente en las notas al pie, que no sólo añaden información contextual o dilucidan puntos que podrían no ser claros para el lector argentino, sino que, en ocasiones, llegan a usar ese espacio para discutir o enmendar la versión que el autor da en sus páginas.

Fuera de contexto: las reediciones de Hyspamérica y El Elefante Blanco

Si hay algo que, más allá de sus diferencias, caracteriza la tarea de los traductores reseñada hasta aquí es que en todos los casos las traducciones se realizan en función de un proyecto cultural y se insertan en el marco de una colección que las contiene. Ya se trate de colecciones apenas esbozadas, como la que incorpora la traducción de Muzzio Sáenz Peña, o desarrolladas plenamente, como las que incluyen las traducciones de Aldao o Busaniche, esa inserción les otorga un sentido que excede las inflexiones individuales de la práctica de cada traductor, así como de los rasgos específicos de cada texto. Entendida como “plan de lectura” que se propone a un lector anónimo y desconocido por definición, cada colección, como vimos, coloca a esos viajeros y a las traducciones que incluye en función de una *idea* acerca de lo nacional y de la relación entre lo nacional y lo extranjero. En otras palabras, responden en este aspecto a una demanda que parte de una idea fuerte de cultura nacional, al tiempo que funcional a su construcción y difusión.

En su ya clásico ensayo sobre la traducción, Walter Benjamin anotó:

La traducibilidad conviene particularmente a ciertas obras, pero ello no quiere decir que su traducción sea esencial para las obras mismas, sino que en su traducción se manifiesta cierta significación inherente al original. Es evidente que una traducción, por buena que sea, nunca puede significar nada para el original; pero gracias a su traducibilidad mantiene una relación íntima con él. Más aun: esta relación es tanto más estrecha en la medida en que para el original mismo ya carece de significación. Es una relación que puede calificarse de natural y, más exactamente aun, de vital. Así como las manifestaciones de la vida están íntimamente relacionadas con todo ser vivo, aunque no representan nada para éste, también la traducción brota del original, pero no tanto de su vida como de su “supervivencia”, pues la traducción es posterior al original. (1971).

¹⁶ La mayoría de los libros de viajeros de la colección pertenecen a “viajeros ingleses”: se trata de los libros de Woodbine Parish, Miers, Hinchliff, Falkner, Beaumont y Mackinnon. Si bien Sorá afirma que parte de los problemas “específicos” de la filial argentina de la editorial Hachette tuvo que ver con “desplazamiento de la producción cultural gala por la creciente imposición del idioma inglés y de modas culturales anglosajonas”, este punto no parece haber sido impedimento para que Weinberg incluyera en la colección títulos que confirmaban esa “moda cultural”. Para el detalle de la transformación de “El Pasado Argentino” en “Dimensión Argentina”, bajo el sello Solar, cfr. Sorá (2010).

Tanto en “La Cultura Argentina” como en “El Pasado Argentino” (pero también en las colecciones trucas que incluyeron los trabajos de Muzzio Sáenz Peña y de Heller), la traducción de los *travel accounts* mantiene con los originales ingleses esa relación definitoria, íntima, vital, a la que alude la cita. Sin embargo, ¿qué ocurre cuando esas traducciones dejan de serlo y se naturalizan, casi, como originales? Esto es lo que sucede, de hecho, cuando esos textos, pensados para un contexto preciso otorgado por las colecciones que las enmarcaban y los paratextos que las acompañaban, son expurgados de todos o de parte de esos protocolos y se reeditan. Esa es una de las preguntas que plantea la reedición de las traducciones publicadas originalmente en la “Biblioteca de *La Nación*”, en “La Cultura Argentina” y en “El Pasado Argentino” en las dos últimas décadas del siglo XX y en la primera del XXI por las editoriales Hyspamérica y El Elefante Blanco. El gesto impone la pregunta sobre el destino editorial de esas traducciones precursoras. Y al respecto, debe decirse en principio que la relación vital que ellas mantenían con el original se pierde o atenúa fuertemente en las reediciones que realizan esas dos editoriales varios años después de que ellas fueran impresas por primera vez. Vale decir, lo que eran rasgos idiosincrásicos justificados —o, al menos, excusados— por los marcos que las colecciones les brindaban a esas traducciones pasan a ser meramente errores o decisiones editoriales para las que el lector no encuentra justificación visible. Por lo demás, el efecto (acaso no buscado) es que en estas reediciones se naturaliza aquello que era una opción de traducción (la retitulación, los recortes, las fundiciones, las opciones lingüísticas, los prólogos que guían la lectura, etcétera).

En el caso de la “Biblioteca argentina de historia y política”, una serie que Hyspamérica dio a conocer durante la llamada “transición democrática” (comenzó a difundirse en 1986), esa recontextualización de los viajeros implica incluirlos en una serie de estudios nuevos sobre la historia y la sociedad argentina. La colección fue publicitada con un aviso televisivo cuyo eslogan interpelaba a los consumidores (antes que a sus lectores) respecto del pasado inmediato mediante la siguiente convocatoria: “Súmese a los miles de argentinos que eligieron saber”.¹⁷ En ese contexto, la inclusión de los viajeros junto a ensayos sobre las relaciones entre historia política e ingeniería electoral, el rol de los militares en la Argentina, el peronismo y el radicalismo, o diferentes aspectos de las relaciones entre economía, política e historia, implica la recuperación de su lugar de “fuentes”, y la mirada de los viajeros se convierte antes que en constructora de una imaginación cultural, en lúcidos o sagaces testimonios de una cierta “idiosincrasia” nacional.¹⁸ Así, en la colección de Hyspamérica, los relatos de viaje ponen en evidencia, una vez más, la “flexibilidad” del género. Pero también —y esto es lo que más nos interesa aquí— la flexibilidad de las traducciones de esos viajeros que pueden ser incorporadas (sin sus prólogos) a un proyecto editorial muy diferente del que las incluyó en primer lugar.

Más allá de los diferentes protocolos de lectura que hemos repasado en los apartados anteriores, en todas esas traducciones se advierte un silencio (deliberado o inconsciente) recurrente: el silencio acerca de cómo esos libros de viajeros habían modelado los textos fundacionales de la literatura argentina. Esto es más curioso aun si se verifica que, por ejemplo, ni Aldao ni Heller ni Busaniche, pese a su interés principalmente histórico en los *travel accounts*, fueron insensibles a sus cualidades literarias. ¿Debería leerse este silencio en términos

¹⁷ La publicidad televisiva puede encontrarse en: <http://www.youtube.com/watch?v=qoTpqAzYdiE>, consultado 2-6-2011.

¹⁸ Hacemos alusión aquí a títulos como: *El orden conservador: la política argentina entre 1880 y 1916*, de Natalio Botana; *Alvear o Irigoyen*, de Félix Luna; *El ejército y la política en la Argentina 1928-1945 de Yrigoyen a Perón*, de Robert A. Potash; *Nacionalismo y Liberalismo económicos en Argentina*, de José Carlos Chiaramonte; *Historia económica de la ganadería argentina*, de Horacio Giberti; o *Poder militar y sociedad política en la Argentina*, de Alain Rouquié.

de propiedad simbólica? ¿Como un síntoma, digamos, de nacionalismo narcisista; vale decir, como un modo de desentenderse de ese origen *no nacional* de la literatura nacional?¹⁹

Cuando esas mismas traducciones son reimpresas por El Elefante Blanco entre fines de la década de 1990 y la primera del siglo XXI,²⁰ ese silencio ya no soporta esta última hipótesis.²¹ El hecho de que, luego del libro de Prieto de 1996, una empresa editorial decida poner en circulación nuevamente esas viejas traducciones sin asumir la necesidad de poner a esos libros en relación con los trabajos críticos que se venían realizando y, además, sin proponer al lector nuevas versiones solo puede ser entendido en términos de desidia o bien obliga a plantear el problema absolutamente fuera de la literatura y en el dominio excluyente del interés comercial. Que en 1918 o en 1920 *Rough Notes Taken During Some Rapids Journeys Across the Pampas and Among the Andes* fuera, para el lector local, *Las Pampas y los Andes* (Notas de viaje) era justificable y hasta necesario. Había, además, una firma (la de Carlos Aldao) que se hacía cargo de esa importante metamorfosis que va del original a su versión castellana. Sin embargo, que en 1997 se intentara convencer al lector local de que el libro que, en 1826, había publicado Francis Bond Head en Londres podía ser, en traducción al castellano, *Las Pampas y los Andes*, era algo sin asidero alguno. Esas traducciones de Aldao, Heller o Busaniche eran, como siempre sucede, legítimas en el contexto para el que habían sido concebidas; reimpresas extemporáneamente varias décadas después son, antes que nada, traducciones viejas; en algunos casos, obsoletas.

Por lo demás, el que aquellas primeras traducciones ya sean inevitablemente historia — y, así, apunten a la posibilidad de realizar una *historia de la traducción de los viajeros a la Argentina*— es condición necesaria para el surgimiento de nuevas traducciones y colecciones que han comenzado a visitar los textos de viajeros en los últimos años²² y, sobre todo, para las

¹⁹ Al respecto, puede notarse que en la monumental empresa historiográfica de Rojas los viajeros ingleses no merecen ni siquiera una mención. Sin embargo, como vimos, contemporáneamente esos viajeros estaban siendo profusamente difundidos por la “Biblioteca de *La Nación*” y, enseguida, por la colección “La Cultura Argentina”, dirigida por el adversario intelectual de Rojas. ¿Podía Rojas desconocer, por ejemplo, *Las Pampas y los Andes*, de Head? Por supuesto, una respuesta es que la perspectiva nacionalista desde la que escribió su *Historia* anunciaba ese silencio (Rojas tampoco menciona a Hudson); vale decir, en el envés de la multiplicación de las traducciones de los viajeros en las segunda y tercera décadas del siglo XX se lee un ostensivo silencio acerca de su importancia para la literatura nacional.

²⁰ El Elefante Blanco publicó las siguientes traducciones de Aldao y Heller: *Las Pampas y los Andes*, de Francis Bond Head (1997), *Narraciones del viaje por la Cordillera de los Andes* (1998), de Robert Proctor; *La independencia argentina...*, de H. M. Brackenridge (1999); *Buenos Aires y el Interior...*, de Alexander Gillespie (2000); *Veinticuatro años en la República Argentina...* de John Anthony King (2003). En el volumen de Head se indica que se ha realizado una “adaptación de la traducción y prólogo de Carlos A. Aldao”; en el de Proctor la nota biográfica informa que Aldao tradujo por primera vez la obra al castellano y se incluye su prólogo, pero no se indica si la traducción publicada es la misma; en el de Brackenridge, se indica que la traducción y el prólogo pertenecen a Aldao, pero no se incluye este último (encabeza el volumen una nota biográfica sobre su autor); en el de Gillespie, se indica en la portada que la traducción y prólogo pertenecen a Aldao, aunque más adelante se señala que esta traducción ha sido “corregida y actualizada por el equipo de ediciones de El Elefante Blanco”; en el de King, por último, se indica que la traducción y nota son de Juan Heller. En todos los casos, como se advierte, no sólo se omite cualquier reflexión sobre los criterios de traducción y se escamotean precisiones sobre los criterios de traducción que se han manejado, sino que se obtura la renovación de las lecturas e interpretaciones de los textos que se dan a leer.

²¹ En la misma línea, debe mencionarse la reimpresión por parte de la editorial Emecé de la traducción del libro de Emeric Essex Vidal realizada Muzzio Sáenz Peña para la *Colección de Viajeros y Memorias geográficas* de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en 1923.

²² En este sentido debe mencionarse la “Colección reservada del Museo del fin del mundo”, que desde hace unos años propone la editorial Eudeba y que incluye traducciones especialmente realizadas para la colección de relatos de Julio Popper, James Weddell, Willem Schouten o Sebalt de Weert. También, con

nuevas preguntas que guían los estudios críticos sobre esos y otros *travel accounts*.²³ Nuevas miradas y nuevas interpretaciones que buscan establecer otras redes de lectura que abran los a veces demasiado estrechos límites de *lo nacional*; redes en las que, para decirlo a la vez con Borges y Benjamin, los originales vuelvan a ser vitalmente infieles a la traducción.

perdón del autobombo, habría que mencionar la nueva traducción que nos atrevimos a proponer del texto de Francis Bond Head, con el título: *Apuntes tomados durante algunos viajes rápidos por las Pampas y entre los Andes* (Buenos Aires, Santiago Arcos, 2007).

²³ El trabajo de Prieto fue prolongado y ampliado por varios otros: entre ellos, algunos consagrados — total o parcialmente— a esa misma serie (Cristoff (2000), Torre (2003), Haberly (2005), Servelli (2006), Pagni (2005), Fontana y Roman (2007, 2009), Rodríguez (2010)), y otros que, aunque consagrados a un objeto diverso, se reconocen especialmente influidos por el estudio de Prieto (Silvestri 2010), entre otros. Por lo demás, el estudio de Prieto encuentra antecedentes más o menos inmediatos en Franco (1979) y Stratta (1994) y, en otro sentido, en el muy discutido (o discutible) pero fundamental de Pratt (1993).

BIBLIOGRAFÍA

- BENJAMIN, Walter (1971) [1923]. "La tarea del traductor". *Angelus novus*, Barcelona, Edhasa; trad. de Héctor Murena.
- CASANOVA, Pascale (2001) [1999]. *La república mundial de las letras*, Barcelona, Anagrama.
- CASARES, Alberto (2006). "Don Gregorio Weinberg, editor de la patria", *La Nación*, 17 de junio: 15.
- CHÁVEZ, Fermín (1964). *José Luis Busaniche*, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas.
- CRISTOFF, María Sonia (2000). *Acento extranjero. Dieciocho relatos de viajeros en la Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana.
- DEGIOVANNI, Fernando (2007). *Los textos de la patria: nacionalismo, políticas culturales y canon en Argentina*, Beatriz Viterbo Editora, Rosario.
- FONTANA, Patricio y Claudia Roman (en prensa). "Los clásicos ingleses de la literatura argentina. Nacionalismo e importación culturales en las traducciones de Carlos Agustín Aldao en las primeras décadas del siglo XX". Gertrudis Payás, Andrea Pagni y Patricia Willson (comps.): *Traductores y traducciones en la historia cultural de América latina*, Frankfurt/M y Madrid: Vervuert/Iberoamericana.
- FRANCO, Jean (1979). "Un viaje poco romántico: viajeros británicos hacia Sudamérica: 1818-1828". *Escritura* 7: 129-142
- GASQUET, Axel (2008). "El orientalismo argentino (1900-1940). De la revista Nosotros al grupo Sur". *Working Paper* 28, The University of Maryland - College Park.
- HABERLY, David (2005). "Francis Bond Head and Domingo Sarmiento: A Note on the sources of *Facundo*". *Modern Language Notes* 120: 287-293.
- MARTÍNEZ ESTRADA, Ezequiel (1948). *Muerte y transfiguración de Martín Fierro. Ensayo de interpretación de la vida argentina (con el texto íntegro del poema)*, México, Fondo de Cultura Económica.
- MERBILHÁA, Margarita (2006). "1900-1919. La época de la organización del espacio editorial". José Luis de Diego (dir.). *Editores y políticas editoriales en Argentina, 1880-2000*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, pp. 29-58.
- MORETTI, Franco (2000). "Conjectures on World Literature", *New Left Review* 1.
- MORETTI, Franco (2003). "More Conjectures on World Literature", *New Left Review* 20.
- MORETTI, Franco (2005). *Graphs, maps, trees: abstract models for a literary history*, London, Verso.
- PAGNI, Andrea, (2005). "El relato de viajes y la construcción de un lugar de enunciación para la literatura argentina: Alberdi, Echeverría y Sarmiento". *The Colorado Review of Hispanic Studies*: 3: 73-98 (Special Issue: *Travel Narratives from Columbus to the New Age*, ed. Leila Gómez).
- PRIETO, Adolfo (1996). *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina*, Buenos Aires, Sudamericana.
- PRATT, Mary Louise (1993). *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation*, London and New York, Routledge.
- RAVIGNANI, Emilio (1923). "Advertencia", *Colección de viajeros y memorias geográficas. Tomo I*, Facultad de Filosofía y Letras-Instituto de Investigaciones Históricas, Jacobo Peuser, Buenos Aires, pp. IX-XVII.
- RODRÍGUEZ, Fermín (2010). *Un desierto para la nación. La escritura del vacío*, Buenos Aires, Eterna Cadencia.
- SAID, Edward (1975). *Beginnings. Intention and Method*, New York, Basic Books.
- SAID, Edward (1983). "Traveling Theory", *The World, the Text and the Critic*, Harvard University Press.
- SARLO, Beatriz (1997) [1983]. "Vanguardia y criollismo: la aventura de *Martín Fierro*". Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, Ariel.
- SCHLEIERMACHER, Friedrich (2000) [1813]. *Sobre los diferentes métodos de traducir*, Gredos, Madrid, traducción de Valentín García Yebra.
- SERVELLI, Martín (2006). "Introducción", en AA.VV., *Viajeros al Plata. (1806-1862)*, Corregidor, Buenos Aires.
- SILVESTRI, Graciela (2010). "Cuadros de la naturaleza. La retórica del viaje en el fin de siglo argentino (1878-1904)". Noé Jitrik (dir. de la obra) y Alejandra Laera (dir. del volumen), *Historia Crítica de la Literatura Argentina. 3: El brote de los géneros*, Emecé, Buenos Aires.
- SORÁ, Gustavo (2010). "Traducir la nación. Gregorio Weinberg y el racionalismo del pasado argentino". *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y El Caribe* 21: 1. *Traducción e historia en América Latina*, Facultad de Humanidades Lester y Sally Entin - Escuela de Historia - Instituto de Historia y Cultura de América Latina. Disponible en:

http://www1.tau.ac.il/eial/index.php?option=com_content&task=view&id=883&Itemid=342

STRATTA, Isabel (1994). "Viajeros intertextuales". Leila Area y Mabel Moraña (comps.), *La imaginación histórica en el siglo XIX*, Universidad Nacional de Rosario, Rosario.

TERÁN, Oscar (1986). *José Ingenieros. Pensar la nación*, Buenos Aires, Alianza.

TORRE, Claudia (2003). "Los relatos de viajeros". Noé Jitrik (dir. de la obra) y Julio Schvartzman (dir. del volumen), *Historia Crítica de la Literatura Argentina. 2: La lucha de los lenguajes*, Emecé, Buenos Aires.

Ediciones de *travel accounts* (originales y/o traducciones) mencionadas en el artículo:

ANDREWS, Joseph (1915). "Las provincias del Norte en 1825". *Journey from Buenos Ayres through the Provinces of Cordova, Tucuman and Salta to Potosi*. Universidad Nacional de Tucumán, Coni; traducido por J. A. Sabaté.

ANDREWS, Joseph, *Viaje de Buenos Aires a Potosí y Arica en los años 1825 y 1826*, "La Cultura Argentina", Buenos Aires, 1920.

BEAUMONT, J. A. B. (1957). *Viajes por Buenos Aires, Entre Ríos y la Banda Oriental, 1826-1827*, Buenos Aires, Hachette; traducción de José Luis Busaniche, prólogo de Sergio Bagú.

BRACKENRIDGE, E. M., *La independencia argentina. Viaje a América del sur hecho por orden del gobierno americano en los años 1817 y 1818 en la Fragata "Congreso"* (1927). Buenos Aires, América Unida, traducción de Carlos A. Aldao.

CALDCLEUGH, Alexander (1943) [1821]. *Viajes por América del Sur: Río de la Plata*, Buenos Aires, Ediciones Argentinas Solar; traducción y prólogo de José Luis Busaniche.

GILLESPIE, Alexander (1921). *Buenos Aires y el interior: observaciones reunidas durante una larga residencia, 1806 y 1807*, "La Cultura Argentina", Buenos Aires, traducción de Carlos A. Aldao.

HAIGH, Samuel (1918). *Bosquejos de Buenos Aires, Chile, Perú*, "Biblioteca de La Nación" (n. 783), Buenos Aires; (1920), 2da. edición en "La Cultura Argentina". Traducción de Carlos A. Aldao.

HALL, Basil (1917). *El General San Martín en el Perú: extractos del diario escrito en las costas de Chile y Perú en 1820 y 1821*, "Biblioteca de La Nación" (n. 771), Buenos Aires; (1920), 2da. edición en "La Cultura Argentina". Traducción de Carlos A. Aldao.

HEAD, Francis Bond (1826). *Rough Notes Taken During Some Rapid Journeys Across the Pampas and Among the Andes*, John Murray, London.

HEAD, Francis Bond (1918). *Las Pampas y los Andes (Notas de viaje)*, "Biblioteca de La Nación" (n. 807), Buenos Aires; 2da. edición en "La Cultura Argentina". Traducción de Carlos A. Aldao.

HINCHCLIFF, T. Woodbine (1955). *Viaje al Plata en 1861*, Buenos Aires, Hachette, "El Pasado Argentino"; estudio preliminar de Rafael A. Arrieta, traducción y notas de José Luis Busaniche.

KING, John Anthony (1921). *Veinticuatro años en la República Argentina que abarca las aventuras personales del autor, la historia civil y militar del país y una relación de sus condiciones políticas antes y durante la administración del Gobernador Rosas, su conducta política, las causas y carácter de su intervención con el gobierno de Montevideo y las circunstancias que motivaron la interposición de Inglaterra*, "La Cultura Argentina", Buenos Aires.

MACCANN, William (1939). *Viaje a caballo por las provincias argentinas*, Buenos Aires, Establecimiento Gráfico Ferrari Hnos.; (1948) 2da. ed. en Solar-Hachette, traducción de José Luis Busaniche.

MACKINNON, Lauchlan Bellingham (1948). *Steam Warfare in the Parana: a narrative of operations by the combined squadrons of England and France*, London, Charles Ollier.

MACKINNON, Lauchlan Bellingham (1957). *La escuadra anglo-francesa en el Paraná: 1846*, Buenos Aires, Hachette, "El Pasado Argentino"; traducción de José Luis Busaniche.

MARMIER, Xavier, *Buenos Aires y Montevideo en 1850*, Buenos Aires, El Ateneo, 1948; traducción de José Luis Busaniche.

MIERS, John (1968). *Viaje al Plata, 1819-1824*, Buenos Aires, Solar-Hachette, "El Pasado Argentino"; traducción de Cristina Correa Morales de Aparicio.

PROCTOR, Robert (1919). *Narración del Viaje por la Cordillera de los Andes. Residencia en Lima y otras partes del Perú en los años 1823 y 1824*, "Biblioteca de La Nación" (n. 830), Buenos Aires, traducción de Carlos A. Aldao.

PROCTOR, Robert (1920). *Narraciones del Viaje por la Cordillera de los Andes. Residencia en Lima y otras partes del Perú en los años 1823 y 1824*, "La Cultura Argentina", Buenos Aires, traducción de Carlos A. Aldao.

Colección de viajeros y memorias geográficas T.1 : John Pullen, Memoirs of the Maritime Affairs...; Lewis Paine, A short view of Spanish America...; E. E. Vidal, Picturesque illustrations of Buenos Ayres and Montevideo... (1923). Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras - Instituto de Investigaciones Históricas; advertencia de Emilio Ravignani y traducción de Carlos Muzzio Sáenz Peña.

ROBERTSON, John Parish, y William Parish Robertson (1916). *La Argentina en los primeros años de la revolución*, "Biblioteca de *La Nación*" (n. 690), Buenos Aires, traducción de Carlos A. Aldao.

ROBERTSON, John Parish, y William Parish Robertson (1918). *La Argentina en la época de la revolución*, "Biblioteca de *La Nación*"; 2 vols. (reimpresión: n. 690 y 690 bis), Buenos Aires, traducción de Carlos A. Aldao.

ROBERTSON, John Parish, y William Parish Robertson (1920). *La Argentina en la época de la revolución. Cartas sobre el Paraguay, comprendiendo la relación de una residencia de cuatro años en esa república, bajo el gobierno del dictador Francia*, "La Cultura Argentina", Buenos Aires, traducción de Carlos A. Aldao.

SCHMIDTMEYER, Peter (1824). *Travels into Chile, over the Andes, in the years 1820 and 1821, with some sketches of the productions and agriculture; mines and metallurgy; inhabitants, history, and other features, of America; particularly of Chile, and Arauco*. London, Longman, Hurst, Rees, Orme, Brown, & Green.

SCHMIDTMEYER, Peter (1947), *Viaje a Chile: a través de los Andes*, Buenos Aires, Claridad, Eduardo L. Semino (traductor).

TEMPLE, Edmond (1830). *Travels in various parts of Peru, including a years residence in Potosi*, London, Henry Colburn and Richard Bentley, 2 v.

An Englishman (1825). *A five years' residence in Buenos Ayres: during the years 1820 to 1825: containing remarks on the country and inhabitants and a visit to Colonia del Sacramento*, London, G. Hebert, 88, Cheapside.

UN INGLÉS (1942). *Cinco años en Buenos Aires: [1820-1825]*, Buenos Aires, Solar; (1962), 2da. ed. Solar-Hachette, "El Pasado Argentino"; traducción de Alejo González Garaño.